

ta de las condensaciones y desplazamientos y de su simbólica—una de las piedras angulares del psicoanálisis—en función de las turbias corrientes afectivas que presiden la formación del pensamiento mágico capaz de establecer la relación entre los sucesos no causalmente, sino según la medida en que conmueven las raíces instintivas de la personalidad, los dibujos de los que se hallan en trance de hipnosis son otra cosa. En general—dice *Prinzhorn*—se tiene la impresión de que calculan y sutilizan demasiado, de modo que lo anómalo de sus dibujos radica a menudo simplemente en una inversión de propiedades: las casas son más anchas por arriba que por abajo; las hojas de las plantas se pintan en rojo o amarillo, una pesada roca se mantiene sobre un hilillo de perlas. Así las manifestaciones artísticas de los hipnotizados se parecen más, como había que esperar, a la histeria que a la esquizofrenia.

Caracteriza a la pintura de los tiempos modernos, esencialmente, la huida de la realidad, mejor aún de la realidad objetiva, de fuera del artista, para dar forma, luz y vida a su propia realidad íntima. En la deshumanización del arte señala *Ortega* que «el natural» en la pintura es lo humano y que la pintura moderna se caracteriza por la huida de lo natural, que se gradúa hacia abajo y desde lo más altamente humano—lo personal—a los seres vivos y a las cosas inorgánicas.

Nunca se ha sabido del todo los límites justos del hombre y su ambiente, hasta donde llega la realidad del mundo real y donde se inicia nuestro modo de verlo, nuestra representación de él. Pero, en todo ca-

